

¿Ha muerto el fundamentalismo neoliberal?

No parece que la economía global esté asistiendo al fin del fundamentalismo neoliberal, sino que éste ha aceptado el intervencionismo que le era imprescindible sin plantearse por ello problemas de coherencia con sus posiciones previas. Acepta un mínimo keynesianismo pero sólo de manera temporal, mientras intensifica la carga neoliberal en su estrategia frente a los trabajadores y las clases populares.

Una visión superficial de cómo se está resolviendo la crisis pudiera hacernos creer que se ha pasado del fundamentalismo neoliberal a una especie de keynesianismo tradicional, en el cual el Estado vuelve a intervenir masivamente en la economía.

No obstante, un análisis más profundo nos demuestra que, aunque la crisis ha desmentido los paradigmas del modelo aplicado en las últimas décadas (globalización, financiarización, desregularización, privatización, austeridad laboral,...) la teoría y la praxis neoliberales siguen vigentes, a pesar de ser altamente perjudiciales. No parece pues que la crisis vaya a ser una oportunidad para refundar ni transformar nada como algunos apuntan.

Para saber realmente por dónde nos están llevando, sólo tenemos que leer las declaraciones de los que mandan. Veamos qué se dijo en la Reunión G-20 en noviembre del 2008 en Washington: “Reconocemos que estas reformas únicamente tendrán éxito si están sólidamente fundamentadas sobre un firme compromiso con los principios del libre mercado, incluyendo el imperio de la ley, el respeto por la propiedad privada, el comercio y las inversiones libres en los mercados competitivos y se apoyan sobre unos sistemas financieros eficientes y eficazmente regulados.

Estos principios son esenciales para el crecimiento económico y la prosperidad... Reconociendo la necesidad de mejorar la regulación del sector financiero, deberemos, sin embargo, evitar un exceso de regulación que podría obstaculizar el crecimiento económico y exacerbar la contracción de los flujos de capital, incluyendo a los países en desarrollo.”

Es decir, intervencionismo, sí, pero a su manera. El ‘keynesianismo’ que se está practicando es un keynesianismo asimétrico. La crisis ha llevado a intervenciones masivas para salvar la situación del capital financiero y ciertos capitales industriales, pero la política económica que se está siguiendo para enfrentar las consecuencias de la crisis para las clases populares es acentuada y crecientemente neoliberal.

Los análisis “oficiales” de la crisis son deficientes, pues sólo la consideran como exclusivamente financiera. Omiten una segunda variable clave: la evolución a la baja de los salarios y la desproporcionada distribución de la renta en los últimos años. Por esta razón la “solución” que nos imponen vuelve a ser la de la “economía de la oferta”: despido más barato, sueldos menores, trabajadores más flexibles y competitivos (nueva reforma laboral)... Hay que recuperar los beneficios, y luego, estas empresas ya crearán empleos. Ignoran la demanda y las causas de fondo de la disminución de la misma, aunque su deficiencia sea la que está causando los problemas.

Se podrían buscar soluciones en una “economía de la demanda” que partieran de un aumento de capacidad de compra de las familias (aunque no a través del crédito como ha sucedido últimamente), sino de un **aumento de los salarios de los trabajadores ocupados** y de un **aumento de los ocupados en la población activa**.

Resolver la crisis únicamente con políticas de oferta ocasiona consecuencias aún más devastadoras para las clases populares: aumento del paro; congelación o deterioro salarial; reducción del Estado del Bienestar... Todo ello en el contexto de un “contrato social” muy deteriorado y crecientemente “individualizado”, fruto de la globalización y de su debilidad. Hay alternativas para cambios sustanciales, pues no es un problema técnico sino político. Como siempre, de correlación de fuerzas. ■

